



"Los cuerpos del día de sol", óleo de Carlos Balaguer.

Ya no nos Duele la Plenitud de la Ausencia

Por Carlos Balaguer

Ya no duele mirar cómo florece el traspalio, donde de tiempo en tiempo perfuma el aire la presencia viajera de tu risa. Ya no duele mirar como las ramas y la germinal crecen hacia las floraciones que no verán tus ojos.

Un sueño en las entrañas nos hace despertar a ti en algún lugar de tu roscado estío, a mí en otro lugar de octubre.

Tan sólo nos quedé el tiempo, el mismo tiempo. Eres cuerpo lejano, sin flores y sin sol. Un día fui feliz y tú lo sabes. Pero el regreso duele más que la partida. Así que hay que iniciar de nuevo otro sendero.

Maltrata el corazón irse tan lejos. Dejar aquel islote en que vivimos tu vida y la mía y la de nadie, donde siempre volví hacia tu piel.

Hoy el jardín de flores encendidas me indica que hay un tiempo que empezar de nuevo. A la misma hora que empiezan los tranvías, cuando zarpan los buques de ultramar.

Un día nos herimos y es mejor olvidar esos puñales. De nuevo en otra tierra. Allí donde se van los días. Donde vuela la distancia como pájaro rojo y se abren las ventanas de lo que nacera.

Así que ya no vuelvas a sentirte en la memoria. Yo cruzaré el verano de los días sin ti. Es mejor ya borrarlos desde la raíz. Al fin que todo pasa. Un día fui feliz pero el tiempo quiere otro mañana.

Ya no habré de decir si el mundo está tan solo como quedan los puertos después de la erupción. Vamos a caminar allá sobre sus playas, sobre la arena oscura, más allá. Por la misma calle donde pasó el verano con su ropa de nadie y sus cornetas.

Ya sin tu nombre el día es más feliz. Así de solitario sin nadie a quien amar.

Porque si es muy hermoso el encontrarse un día con el corazón cubierto de risas y campanas, también es doloroso decirse siempre adiós. Y quedar como un río en orfandad de estrellas.

Así nos vamos con sueños y virtudes. El don de caminar, de existir, de ser extraños. La fa-

cultad de amar, de andar casi desnudos, de verse en las ventanas vacías de la aurora.

Naciéndote en el pecho está el lirio indecible de lo que morirá.

Te habrás de arrepentir de haberme amado y yo de haber quedado en la misma calle donde termina el mar.

Tal vez ahí sin nombre, sin patria ni astrolabio, sigamos siendo solo habitante desnudez del mundo. Sin rostro desdoblado en el hondo destino de la luz. La misma luz que nos negó el origen, al golpear tus manos las mismas ventanas de tu fuga. Donde estubo la verdad más cercana que nunca. Donde estubo la vida y su rosa juventud.

Ya no eres del aire, de su desnuda plenitud de ecos. Eres un día fértil en los difíciles rosales; eres hoy más que nunca la desdichada rama. La crónica sin palabras de la isla en el espejo. Lo que se pierde de los ojos. El sitio de la voz que calma entre las rocas, la necesaria fuente de otra sangre. El árbol que en su sombra calma la confundida fiebre de otro cuerpo. Cuando el amor y el frío nos maltratan, ardiendo entre la sed del incesante instante.

Acaso atormentada por el agua que nace en tus entrañas, me miras con tus ojos de luz y de aluminio. De ti queda el carmin del pañuelo de metales. Y ya no eres del aire ni de la estepa. Derramas agua clara de tus vulnerables manos de hojalata.

Más que nunca te vuelves de la tierra. De sus profundas islas tras el mar. Atormentada de instintos, de juventud, de hastio, se te convierte el grito en hojarasca.

La carne sé te vuelve diferente. Nos dejamos con aquello entre los labios. Sin poderlo decir, sin alas. La neuralgia apreta los sentidos.

Hemos vuelto de repente hacia los mundos de cartón. Que se aplastan con la lluvia y el miedo al dolor.

El miedo de entregar nuestros solitarios follajes.

Así de mar, de ausente, cantas en la orilla de tu bosque de lata, y entre enormes lincos se

mueve la brisa del vivo metal de tu carne.

Abriéndote en la tibia claridad del alba dejar ir tu cantar hacia otros desnudos paramos.

Ardiendo en tu piel anda alguna roja pasión. Acaso tus días se quemaron en lo eterno. Crece el verde transcurso donde vive la espesura. Tu voz recién nacida canta sublimes alabanzas. Y cada mañana te despojan de amor las fatigadas bestias.

Esas bestias que merodean la lumbre de otra vida, mientras en sedientas materias no prospera otro dolor.

Un dolor más que aquel que en su esplendor de hiena derramo sus tibios líquidos vitales.

¡Ay de la tormenta que encueguecida te abate! Tu canto se extraviaba en el tronar de tardíos metales.

Los bosques de latón se rompen en tu amaneciente huida. El sol de tu aacheado corazón ya no encuentra otro día para volver a brillar.

Y quedas nuevamente sola en el mismo sonido de aquel amanecer. Es un amor que regresa en tu cantar, cantar de un cuerpo solo que palpita en tus venas como ayer.

Visión del Mundo

Por Alberto Baiza Flores

José León Sánchez,

el Testimoniador de

"La Isla de los Hombres Solos"

MADRID.— En Cuba fui amigo de un ex presidiario llamado Carlos Montenegro y me enorgullezco de haberle conocido, de haberle escuchado de viva voz algunas de sus historias. Su vida toda era una novela viva, un huracán de páginas, de experiencias, de talento y dolor, de fe humana y de testimonios.

Carlos Montenegro, igual que Jack London, tenía demasiadas cosas que contar y que relató, con su maestría, en páginas inolvidables —algunas antológicas— en la literatura del Caribe.

Hijo de padres cubanos, nació en Galicia al comenzar el siglo. Anduvo ganándose la vida, cuando aún era un niño, allá al final del Cono Sur —en Argentina— o en los comienzos de la frontera de nuestra América —México—. Fue minero, fue trabajador de factorías. Después se hizo marinero. Navegó —como Eugenio O'Neill y Jack London— los mares del cielo y los mares del infierno. Tenía diecinueve años. Estaba en La Habana. Una riña callejera, con una víctima mortal, lo llevó a la cárcel, a ese infierno de los hombres. Su destino era ese pudriero de los sueños.

Carlos Montenegro había vivido, hasta esa edad de juventud, lo que otros no viven en una larga vida. Se propuso describir lo que había vivido. El aprendizaje fue difícil, terrible por los sacrificios y el ambiente en el que se encontraba. Y el aprendizaje como escritor lo sostuvo para soportar y sobrevivir, como una salamandra, entre las llamas cotidianas que consumen al ser.

Un relato que envió al semanario más importante de La Habana le ganó el concurso de cuentos, importantísimo entonces. Su nombre saltó a la fama literaria. En 1929 apareció "El renuevo y otros cuentos", escritos de la cárcel. Los intelectuales gestionaron el indulto. Montenegro continuó escribiendo: "Dos barcos" (1934), "Los héroes" (1941), "Cuentos de la manigua" y "Hombres sin mujer", una novela de un vigor extraordinario, de un realismo humanista, de un estilo tan directo como la vida, tan intenso como un filme de acción.

Hombre rebelde —en la concepción camusiana—, combatiente de una izquierda no dogmática, no "confesional", de una izquierda valerosa, independiente y sin hipocresías, Carlos Montenegro falleció en el exilio, en tierra norteamericana, después de haber perdido la suya, cubana.

Traigo la vida y la creación de Carlos Montenegro —gran escri-

tor y gran testimoniador—, porque también me enorgullezco, en igual medida y acaso en mayor medida aún, porque le conozco mucho más y mi conocimiento ha sido más largo, de mi amistad con un gran escritor costarricense, pero de ámbito continental de importación más allá de las letras de nuestra América —y también, como Carlos Montenegro, un ex presidiario—: José León Sánchez.

He aprendido de sus libros que la creación literaria si no sirve para la vida, no sirve para nada, y que si la obra de un escritor no ayuda a vivir mejor, y que si no agrega algo más a nuestra vida cotidiana, y no es una obra de testimonio del vivir, tampoco se justifica publicar nuestras páginas. En este sentido José León Sánchez nos ha ofrecido a todos el servicio de su maestría.

Corresponde también, al costarricense José León Sánchez, en igual medida, lo que el dominicano Max Henríquez Ureña escribió sobre el cubano Carlos Montenegro, porque José León Sánchez muestra vigorosos trazos de creador en toda su obra, rica, abundante, más numerosa en títulos que la de Montenegro; porque José León Sánchez describe las injusticias y miserias del mundo, con toda la energía del que las ha vivido; porque es de su propia vida de donde desentraña los asuntos que desarrolla y late siempre un vivo anhelo de reivindicación social, en defensa de los oprimidos. No hay que perder de vista —quiero advertir— que en toda la obra de José León Sánchez palpita el valor de denunciar las injusticias para poder mejorar el mundo.

Cuando lei en 1967 "Cuando canta el caracol" —relatos que ganaron el más importante premio literario de Centroamérica—, me estremecí con su poesía y su verdad, desde la vida, para la vida, en la vida.

Antes que editoriales de La Habana, Barcelona y Buenos Aires organizaran y lanzaran el "boom" de la novela, ya desde Ciudad de México, la editorial Novaro lanzó "La isla de los hombres solos" y "A la izquierda del sol" de José León Sánchez, éxito editorial definitivo, con múltiples y múltiples ediciones. Su inquebrantable independencia, su repudio a obtener propaganda literaria a cambio de publicidad política, para nutrir a un imperio extralatlinoamericano, ha hecho de José León un ejemplo de dignidad creadora. Si admito sin reservas su obra literaria me enorgullezco también de ser amigo y compañero de este creador.

Dos Poemas de Sabelio Navarrete

Horóscopos

Ama tu juventud, ama la vida, sonríele al futuro que aún no ves. Se siempre apasionada y decidida, cálida y expresiva donde estés.

Ama siempre lo bello: la poesía, los lagos y los botes y las playas. Que donde quiera estés y a donde vayas será tu compañera la alegría.

Disfruta del amor cuando te abrase su llama dulce como tu las esperas y no te aflijas porque el tiempo pase.

Pues has vuelto a nacer, hoy, este día, y te esperan aún más primaveras llenas de dicha intensa y de poesía.

En Todas Partes

Estás, como Dios, en todas partes. Hoy te vi por ejemplo allí en la esquina cuando la falda roja de una niña me hizo pensar en ti. Luego en la calle alguien se rio con ganas igual que tú lo hacías cuando íbamos a pie contando cosas con una hojita de limón entre los dientes. Y de regreso me quedé muy serio cuando un señor obeso sin que ni para qué dijo tu nombre que yo tengo metido en el cerebro desde hace tanto tiempo. Vivo pensando en ti, que como Dios, estás en todas partes.